á.... ella le dirá, Francisco, ella le dirá.... yo ya vuelvo, saldré, para que ustedes queden en libertad.... (*al pasar junto á Francisco y en voz baja y rápida*) ¡Por Dios, Francisco, no me eche á perder mi arreglo!....

ESCENA IV

Doña Guadalupe, Francisco

Dª GUADALUPE—(*benévola*) Siéntese, Francisco, que la cosa va larga y me daría pena tenerlo en pie tanto tiempo; siéntese, siéntese, le doy permiso....

D. FRANCISCO—(*sentándose casi en el borde de una silla*) Ud. dirá, señorita, en qué puedo servirla...

Dª GUADALUPE—(*con cierta solemnidad que irá aumentando conforme lo requiera el desarrollo de la escena*) Francisco, no le extrañe esta nueva prueba que voy á darle, con autorización de Andrés por supuesto! de la estimación en que lo tengo, ni vaya después de lo que hablemos

á comunicarle á nadie el delicado asunto de nuestra plática, aunque transcurran muchos años Francisco, ¡á nadie!, y sean cuales fueren mis preguntas y sus respuestas....

D. FRANCISCO—(*por cobrar bríos*) ¿Quiere Ud. que cierre?....

Dª GUADALUPE—Bueno, sería mejor, para que no nos interrumpan....

D. FRANCISCO—(*después de haber cerrado entrambas puertas de comunicación*) Ya está, señorita!.... (*se sienta de nuevo, siempre encogido.*)

Dª GUADALUPE—No tengo que apelar, Francisco, á la honradez de Ud., pues, le repito, que precisamente porque la conozco y estimo he querido tener con Ud. esta entrevista; tampoco creo necesario advertirle que aunque el asunto de que vamos á ocuparnos es de suyo delicado y aun en cierto modo impropio de una señora, mis canas y mi condición especialísima á ello me autorizan, por lo que Ud. podrá contestarme según vaya siendo indispensable, sin callarme, hasta cierto punto nada más ¿eh?, los detalles y pormenores que yo le pida.... Y desde

luego (*tratando de sorprenderlo*) ¿le dijo á Ud. Andrés que yo quería hablarle de algo importante?....

D. Francisco—(*muy turbado por hallarse obligado á mentir*) Nó, señorita, el señor nada me ha dicho....

Dª Guadalupe—¿De veras, Francisco?....en las dos semanas que llevamos aquí ¿nada le ha dicho?.... ¡No me engañe, Francisco, no me haga perderle la confianza que me inspira desde hace tanto tiempo!.... ¿De veras nada le ha dicho Andrés, ni nada le ha escrito?....

D. Francisco—(*con visible esfuerzo*) ¡Nada, señorita!....quiero decir....nada de lo que Ud. dice de asunto grave.... no sé á qué asunto se referirá Ud....

Dª Guadalupe—Debía Ud. habérselo sospechado ya, Francisco, al asunto.... ¡qué vergüenza!....al asunto del hijo que tuvo Javier en Loreto, hace varios años ....¿De éste (*con intención*) nada le ha hablado Andrés?....

D. Francisco—Ah! de ese sí, pero no ahora, ahora nó, me habló de él entonces, y me encargó que estuviera pendiente del nacimiento, y del bautismo, y de lo que

pasara con la criatura, con Loreto y con Marcos....

Dª Guadalupe—Pues bien, Francisco, no sé si Ud. recordará,—puede que ni lo haya sabido!—que el horrible suceso á mí me lo ocultaron todo lo más que pudieron; posible es que hasta á Ud. le dieran órdenes en ese sentido ¿verdad?....

D. Francisco—Sí, sí me las dieron; el señor me dijo que quería ahorrarle á Ud. el disgusto que le causaría saber lo que el niño Javier había hecho....

Dª Guadalupe—Pues el digusto me vino al fin, en cuanto supe el sucedido, que fué bien pronto.... ¡Y calcúlese Ud., Francisco, para mis ideas, que no son un secreto para nadie, calcule Ud. lo que sentiría de que mi hijo, ¡mi hijo! fuera el culpable de una cosa tan espantosa!.... Ud. sabe, Francisco, cómo me he preocupado siempre de que, hasta donde ello es posible, se procure moralizar ¿por qué no?....á estos infelices, que pecan, en ese capítulo, más por rudeza que por maldad....Ud. ha de recordarlo, Francisco, desde mis primeros viajes á la hacienda, de muy recién casada, mi empeño de que

los noviazgos acabaran como Dios manda, de que los chicos, al crecer, sepan que sus padres son casados.... ¡Me ha dado siempre una tristeza tan grande ver que las muchachas del campo se pierdan sin arrepentirse ni casi importarles su perdición!.... ¡Ya ve Ud. cómo caen, Francisco, como las hojas! ...

D. Francisco—(*seducido por la exactitud del símil*) ¡Como Ud. dice caen, señorita, como las hojas!....

Dª Guadalupe— ....y si su caída siempre me interesó, si siempre procuré hasta donde me ha sido posible, ó evitársela ó aminorarles los resultados cuando de sus iguales se trata, figúrese Ud. si habré sufrido con que mi hijo ¡á quien no disculpo aunque sea hijo mío! haya sido el causante de una de estas caídas que traen tras sí tantísimas otras, de todas clases, de todos tamaños, Francisco, y de las que, más que ellos mismos, yo creo que nosotros, los amos, somos los responsables.... Aunque Andrés, y muchos, me critiquen y me llamen exagerada y visionaria....yo sigo creyéndolo.... Y si cuando sé que los causantes de ellas son

los peones, los vaqueros, todos estos pobres que no saben ni dónde tienen la mano derecha, le consta á Ud., Francisco, que me apeno y que más de un casamiento se ha hecho por especial encargo mío, se imaginará los remordimientos incesantes que me acosan por no poder, con mayor razón porque está de por medio mi hijo, reparar el mal causado.... Pero, y crea Ud. que es mi atenuante, cuando yo supe esto, no había remedio; Javier y Beatriz estaban presentados ya, su boda era casi un hecho y el romperla habría sido un nuevo mal....luego, que con la ocultación, mientras yo procuraba posponer siquiera el matrimonio, el tiempo corría, volaba, mejor dicho! y Andrés, guiado por propósitos buenos para su modo de ver estas cosas, no cejaba en su empeño y casó antes á Loreto con Marcos, sin decirme á mí nada, hasta que Ud. avisó que ya se habían casado....

El matrimonio de Javier se efectuó, y yo, en los primeros tiempos, fuí débil, Francisco, lo confieso! y cedí, dejé que el hijo de mi hijo continuara en las sombras, por poco tiempo, me decía yo á mí misma

por vía de disculpa, por poquísimo tiempo, el indispensable para que á Beatriz, que ninguna culpa tenía, no se le enturbiara su luna de miel....pretextos, Francisco, complacencias que tenemos todos para disculpar nuestros malos procederes.... ¡No debí haber cedido, no señor, que si en mi casa todos se habían vueltos locos y yo me tenía por cuerda, no fué cuerdo obrar como obraban ellos, ni plegarme á sus reflexiones y consejos!!! (*Seria*) Ya considerará Ud., Francisco, si me inspira confianza desde el momento en que lo entero de todas estas intimidades.... correspóndala Ud. no engañándome en lo que voy á preguntarle!

D. Francisco—(*con la brújula enteramente perdida*) Yo le ofrezco á Ud., señorita, que....que de lo que yo sepa y Ud. me pregunte, le diré la verdad, ya lo creo....

Dª Guadalupe—Ya vamos á llegar al interrogatorio, ya vamos; antes, sólo le diré que, casual ó nó, se atravesó nuestro viaje á Europa, en donde, á los tres años de permanencia, para mí siempre acibarada con el torcedor de lo que aquí habíamos

dejado en una situación (*irónica*) oh, muy buena ¡magnífica! de las tantas que los códigos sancionan, pero no las conciencias, que me parece á mí, no hay ni pizca de conciencia en ningún código del mundo!....se me adelantó la muerte y me quedé más desconsolada que antes.... ¿qué chiquillo había muerto, el de Javier ó el de Marcos?....Y Andrés, claro! desde un principio se aferró á que el muerto era el hijo de Javier, aduciéndome una porción de pruebas, en su mayoría, afirmábame él, suministradas por Ud., á encargo suyo ....Una fiesta volvió el fallecimiento de esa criatura, que, por su edad, se habría marchado ya al Cielo, derechito, ó al Limbo cuando mal le hubiera ido,—decíame echándolo todo á la broma,—si Ud. se había olvidado de la estricta observancia de mis reglamentos que previenen que á todo muchacho nacido en la hacienda lo que primero se le aplique sea el agua del bautismo....Y lo extraño es, que ni entonces ni ahora, nó, nunca creí, á pesar de que ello nada tendría de imposible, que el muerto hubiese sido el hijo de Javier ....¿Por qué?, me preguntará Ud....

D. Francisco—(*interrumpiéndola*) Yo no pregunto nada; señorita....

Dª Guadalupe—Pero lo pensará, que es igual, pues yo misma desde entonces vengo preguntándomelo: ¿por qué no creer en lo que me decían, si se hallaba dentro del orden natural y daba la mejor solución posible á todos los conflictos?.... pues por eso mismo, porque todo lo arreglaba á pedir de boca, por eso era, y es, increíble ....¿no le parece, Francisco?....

D. Francisco — Pues, realmente, no sabe uno qué decir....(*ademán evasivo.*)

Dª Guadalupe—Es que hay más, Francisco, hay más. Ya sabe Ud., todos se lo hemos dicho y Ud. lo palpa, que en esta casa todos estamos enfermos de idolatría por Blanca, en escala ascendente como tenía que ser, es decir, queriéndola más, mil veces más, nosotros los abuelos que sus mismos padres, á quienes, sin embargo, no puede tachárseles de desamorados; es que ellos la quieren únicamente como padres y nosotros como abuelos.... Desde que nació esta niña ¿creerá Ud. que lo del hijo de Loreto ¡mi remordimiento! se me empequeñecía y aun lo olvidaba del todo? ¡Y nadie me lo quita de la cabeza! de la infancia de Blanca sacamos resistencia y fuerzas Andrés y yo para soportar aquellos climas implacables y nuestras nostalgias de viejos por nuestro rincón y nuestra casa.... Que nevaba, afuera, en la calle, y se ponía todo blanco, todo helado, todo tristísimo?.... pues, junto á la nieta, á calentarnos con el aliento de Blanca, con mirarla dormir y reírnos!.... Que nos nevaba á nosotros, por dentro, con más frecuencia que en la calle, y se nos enblanquecía la cabeza, y se nos helaban los años, y los recuerdos y los anhelos nos entristecían?.... pues con la nieta también! á calentarnos por dentro, con el amor á Blanca que inconscientemente nos lo devolvía, con su risa, con su sueño, con su charla, con saber nosotros que vivía y que era nuestra nieta!....Así resistimos los inviernos, Francisco, créame Ud!....

D. Francisco—(*melancólico*) Yo nunca tuve hijos, señorita, pero siempre me he imaginado todo eso que Ud. me dice ahora....

Dª GUADALUPE—En más de una ocasión, sin embargo, esa dicha mía,—de la de Andrés no sé!—turbóse con el recuerdo inopinado del otro, (*bajando la voz con rubor*) de nuestro nieto de acá, el repudiado, al que habíamos fabricado un padre postizo, sin derecho ninguno, por bien parecer ante parientes, conocidos y amigos, ante la buena sociedad (*con sarcasmo*) en que ocupamos por nacimiento y por caudal un prominente sitio....podíamos andar poco aseados de la conciencia, con tal que vistiéramos con elegancia, y laváramos y perfumáramos nuestro rostro para que el rubor no se advirtiera; con tal que calzáramos guantes en nuestras manos culpables.... Y Andrés, por ceder él me arrastró á mí!.... Pero lo que yo decía, Francisco, cuando me comía á besos á Blanca, que se reía, se reía de los extremos de su abuela!.... lo que yo decía: malo, malísimo que tratemos á estos cuerpecitos mejor ó peor de cómo deben ser tratados, al fin y al cabo son miseria y barro, y los hacemos nosotros que somos otro tanto, barro y miseria ¿verdad?.... pero dentro de cada cuerpo

hay una alma, y las almas son hechas por Dios que no es ni miseria ni barro.... Dios no se preocupa de nuestros cuerpos que han de podrirse y agusanarse; por eso nosotros, los dividimos en esclavos y amos, en ricos y pobres, en felices é infelices, en negros y blancos, en vestidos y en desnudos.... ¡Dios, nó! Dios cría iguales á todas las almas, y cuando vuelven á El, no las premia ó castiga por la cárcel que tuvieron aquí abajo....para Dios no hay almas siervas ni hay almas señoras, sólo hay almas....! (*Pausa.*)

Y el alma de mi nieto, el rechazado, me hablaba por conducto del alma de mi nieta, la idolatrada; se quejaba del abandono y de la ingratitud, me pedía un poquito de amor, y de justicia....!!!

D. FRANCISCO—(*enternecido*) Es Ud. más buena que el pan, señorita, y si todos los amos fueran como Ud. ¡cuántas cosas que ahora suceden no sucederían nunca!....

Dª GUADALUPE—No, si no hay bondad, Francisco, no hay más que deber y conciencia! (*Volviendo al asunto*) Pero no nos alejemos de nuestro caso, Fran-

cisco, ni nos metamos á hablar de lo que no entendemos; volvamos á lo que más importa por lo pronto. Del embeleso en que Blanca nos tenía, me sacó la noticia de la muerte de «uno de los hijos de Marcos,»—palabras textuales de la carta de Ud., Francisco,—esa muerte inesperada ¡no es natural esperar que los niños mueran antes que nosotros! vino á aumentar mi resolución y mis remordimientos; mi resolución de cerciorarme de si el que sobrevive es el hijo de Javier; mis remordimientos, por no haberlo hecho antes, mientras hubo tiempo y de sobra, tres años....! Hasta temblé con la fúnebre noticia, sí, antojóseme una advertencia de lo alto: los niños mueren cuando menos se piensa y para después de la muerte salen sobrando todas las reparaciones de aquí abajo!.... Temí ¡y temiéndolo sigo, Francisco! el castigo, el castigo inatajable que surge de improviso y sin piedad nos hiere, precisamente porque nosotros tampoco tuvimos piedad ninguna cuando debimos tenerla.... temí á ese castigo que nos sale de cualquier rincón de nuestra existencia y en lo más sensible nos

lastima, ó nos arrebata lo más caro, ó nos hunde en un horrible dolor de alma, que son los peores dolores en este mundo!....

D. Francisco — (*serenándola*) Cálmese Ud., señorita, cálmese Ud., que, por fortuna, ningún castigo les ha caído encima ni ningún castigo los amenaza.... digo yo....!

Dª Guadalupe—(*amedrentada*) ¡Vaya Ud. á saber!.... Pero amenácenos ó nó, hay que obrar en seguida, Francisco; que reparar el tiempo perdido, aunque no por mi culpa ¡bien lo sabe Dios!.... Y en cuanto á castigos, sí que nos han caído, y gordo uno de ellos, acuérdese de la hemiplegia de que Andrés curó milagrosamente y que fué causa á que tanto demoráramos nuestro regreso de esa bendita Europa en la que yo he pasado mi purgatorio, Francisco, se lo aseguró á Ud.!.... Lo que es los últimos años, los que nos trajeron el advenimiento de institutrices y preceptores para Blanca, fueron más que mi purgatorio, porque ni el consuelo de mi nieta me quedaba, y, en cambio, el remordimiento no se me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

separó!.... Andrés dice que voy para loca que vuelo; que mis remordimientos son chocheces, porque como mujer me he envejecido antes que él.... bromas suyas que de propósito me suelta para tranquilizarme....

D. Francisco—Pues puede que el señor lleve razón....

Dª Guadalupe — Francisco, ¿usted también?....

D. Francisco—Nó, yo nó, señorita! Decía yo que....

Dª Guadalupe—Nó, Francisco, no me diga nada en ese sentido, y concluyamos, que Blanca no ha de tardar de su paseo. Lo resuelto es esto: si Damián es el hijo de Marcos, que Dios se lo guarde y se lo colme de dicha!....pero, si (*mirando con intención á D. Francisco y recalcando sus frases*) como me lo figuro y me lo temo, es el hijo de Javier, que Javier lo reconozca y le dé su nombre, suceda lo que suceda!.... La única que podría objetar algo, es Beatriz, que nada objetará, yo me encargo, la conozco y sé que nada objetará! De consiguiente, Francisco, hemos llegado al punto principal: que Ud. me diga y afirme, como hombre honrado que es, toda la verdad en este desagradable asunto; ya ve Ud. que nada malo aguarda á nadie ¡al contrario! (*Con solemnidad*) ¿De quién es hijo Damián, de Javier ó de Marcos?....

D. Francisco—(*en pie y azaradísimo*) Pues, señorita, á ciencia cierta, tal y como Ud. me manda que se lo afirme, le diré lo que le dije á. ..

Dª Guadalupe—(*con viveza*) ¿A quién, Francisco, á quién le ha dicho Ud. algo?....

D. Francisco— (*con mayor turbación*) Nó, á nadie; quise decir lo que me había ya dicho á mí mismo.... eso es!.... lo lo que me he dicho á mí mismo tantísimas veces que he pensado en esto: que no puedo saberlo, nó puedo!.... Lo sabía antes, cuando los ví de chicos á los dos.... después, se me confunden sus caras, y sus cuerpos, y....

Dª Guadalupe—¡Francisco, Francisco, por Dios! no me engañe, diga Ud. la verdad! Cómo no distinguirlos, cómo no se ha de acordar Ud. qué nombre era el

del primero y cuál el del segundo?.... ¡A ver!....

D. FRANCISCO—Pues hasta sus nombres se me revuelven, señorita, (*turbadísimo*) no atino; unas veces se me figura que el primero fué Damián, otras, que fué Luciano....

Dª GUADALUPE—(*violenta*) ¿A quién quería más Marcos, á Damián ó á Luciano?....Ahí no cabe equivocación! Por fuerza ha de haber querido más, pero mucho más! al hijo de su sangre, que al hijo de su amo, y en su rudeza, no ha de haber sabido disimularlo ¿con qué objeto?....

D. FRANCISCO—(*radiante porque ahora puede afirmar la verdad pura*) Allá iba yo, señorita, allá iba yo!....Esa debería ser la prueba decisiva ¿no es verdad? Así lo pensaba yo también y le juro á Ud. que falló la prueba! Nadie, en la hacienda, podrá decir que Marcos tuvo preferencias nunca por aquél ó por éste....¡le doy á Ud. mi palabra, señorita! (*al observar sus ademanes negativos*) por fuera, parecía querer igual á los dos muchachos ¡es tan fácil encariñarse con

un niño!....Ahora, dentro de su corazón, sólo Dios y él sabrán!....

Dª GUADALUPE—¿De manera que Ud. ni afirma ni niega, Francisco? ¿me deja Ud. en la duda?....

D. FRANCISCO—También dudo yo, señorita....ahora, antes no dudaba.... (*con escrúpulo por su mentira.*)

Dª GUADALUPE—Está bien, Francisco! Llámeme entonces á Loreto y á Marcos, á los dos; y avise Ud. á Andrés que hemos concluido!....

D. FRANCISCO—¿No he perdido la estimación de Ud., señorita?....

Dª GUADALUPE—(*dándole la mano que él lleva á sus labios, respetuosamente*) Nó, Francisco, nó; yo soy la que pierde el juicio!....Avísele á Andrés!....

(*Mutis de D. Francisco, derecha.*)

Dª GUADALUPE—(*va á abrir una de las puertas, izquierda, y habla desde el escenario*) ¿Estás mejor, hija?

BEATRIZ—(*desde adentro*) Muy poco, Lupe, muy poco; creo que no iré á la mesa.... ¿Y Blanca?....

Dª GUADALUPE—No ha vuelto todavía, no tengas cuidado. Procura dormir ¿quieres algo?....

BEATRIZ—Nada, Lupe, gracias! Que entre á verme Blanca, en cuanto llegue....

ESCENA V

Doña Guadalupe, Don Andrés; luego, Loreto y Marcos; luego, Damián.

D. ANDRÉS—(*festivo*) ¿Qué aclaraste, Lupe, qué aclaraste?....¿tenemos otro nieto?....

Dª GUADALUPE—(*seria*) Ya lo sabrás, conmigo, cuando oigamos á Marcos y á Loreto que no deben tardar!

D. ANDRÉS—Ni cómo han de tardar si yo mismo fuí á buscártelos, yo, yo mismito ¿de qué te azoras? ¿por qué pones esa cara de juez de lo criminal?.... Calculé que tu párrafo con Francisco sería largo, pues conozco cómo plumeas cuando de este asuntazo se trata, y pian, pianito, me fuí hasta la casucha de esas gentes á

las que, me calculé también, y repara en mis facultades adivinatorias, habrías de interrogar, y aquí te las traigo, al marido y á la mujer, advirtiéndote (*en broma*) que mientras fué un peón, á caballo, ¡qué contrasentido, eh! ¡peón á caballo!.... ríete mujer! que estoy haciendo *esprit* para que te rías!....

Dª GUADALUPE—Andrés, no me violentes!....acaba!....

D. ANDRÉS—(*con fingida seriedad*) ¡Acabo!....advirtiéndote, como te decía, que mientras fueron en busca de Marcos, ausente con sus vacas y sus toros, allá, en los cerros, coeché á su mujer; y que en cuanto él se me presentó, también le dije cuántas son cinco, y ahí los tienes aleccionaditos por mí....¿qué tal?....

Dª GUADALUPE—No creo Andrés que tanto hayas descendido ó que trates de engañarme con la verdad... Sin embargo, yo sabré á qué atenerme....Llámalos, hazme favor!

D. ANDRÉS—(*llegándose á la puerta derecha*) Marcos! Loreto!....entren!....

(*Loreto y Marcos entran muy encogidos.*)